

Trece siglos por los caminos de Santiago¹

Thirteen centuries on the roads to Saint James

Adeline Rucquoi

Centro Nacional de Investigaciones Científicas, Francia

Agradezco esta presentación, desde luego que no me merezco, y agradezco sobre todo la invitación de la Universidad Gabriela Mistral. Es la primera vez que estoy en Chile, además en la ciudad de Santiago de Chile, con lo cual aproveché las pocas horas que llevo aquí buscando Santiagos por todas partes. Yo suponía que en Santiago de Chile me iba a encontrar en cada esquina una estatua de Santiago, una representación de Santiago. Les confieso que me dijeron que había una en la Plaza de Armas, tan pequeñita que no la vi esta mañana. En cambio vi la que está en la Catedral, según se entra a mano izquierda, pero este pobre Santiago parece muy triste.

Bueno, les voy a hablar de un Santiago que, creo, merece nuestro interés y del que uno puede sentirse orgulloso de vivir en una ciudad que lleva su nombre.

Santiago es uno de los doce apóstoles, de los más cercanos a Cristo, según cuentan los Evangelios. Es el hermano de San Juan Evangelista, a quien la tradición atribuye la redacción del Apocalipsis, lo que le confiere una especial importancia [fig. 1] y ambos son llamados “hijos del Trueno”. Santiago, hijo de Zebedeo, asistió, con su hermano Juan y con San Pedro, a la Transfiguración de Cristo [fig. 2]. Los Evangelios no hablan mucho de él, y los Hechos de los Apóstoles sólo mencionan su martirio en Jerusalén en el año 44 [fig. 3].

Pero la tradición rápidamente hizo de él el evangelizador de España. Según un texto del siglo IV, que conocemos como “Breviario de los apóstoles”, tras Pentecostés cada uno de los doce habría recibido una parte del mundo para

¹ Esta es la transcripción literal de la conferencia dictada para público general por Adeline Rucquoi, el 23 de septiembre de 2013 en el Colegio Santa Úrsula, Santiago de Chile. Al final, se excluye la sesión de preguntas, pero se reproducen las imágenes que se mostraron durante la exposición. Agradecemos el trabajo de transcripción de Jaime Rodillo Huerta, colaborador del Centro de Estudios Medievales de la Universidad Gabriela Mistral.

evangelizar, y a Santiago se le atribuyó Hispania. Esta evangelización se situaría pues entre la Pasión de Cristo y su propio martirio [fig. 4]. Santiago es así a la vez un apóstol, querido por Cristo y hermano de Juan Evangelista, el evangelizador de España y el primer apóstol mártir.

Los inicios de la peregrinación

Ocho siglos después, en el año 867, el monje Usuardo, que vive en la abadía de Saint-Germain-des-Prés en París, escribe un *Martirologio*, en el que para cada día del calendario se explica cuál es el santo, cuál fue su martirio o su pasión; el 25 de julio, Usuardo apunta que es la fecha del martirio o “nacimiento a la vida eterna” del apóstol Santiago, hermano de Juan el Evangelista, que fue decapitado por el rey Herodes, y añade que “sus santísimos huesos, transferidos desde Jerusalén a España y sepultados en los últimos confines de ésta, son ampliamente venerados por el pueblo”. Sabemos por lo tanto que ya por los años 860, se dice que Santiago está enterrado en Galicia. Pero habrá que esperar todavía unos siglos para que aparezca el relato de cuándo y cómo llegó el cuerpo de Santiago a España, y de cuándo y cómo fue descubierto su sepulcro.

En el año 899, el rey Alfonso III [fig. 5], cuya capital en esa época está en Oviedo, construye una segunda iglesia para los peregrinos que ya empiezan a ir numerosos hacia Galicia, en los últimos confines de la península. Según la documentación, esta iglesia de la que no queda prácticamente nada estaba enteramente abovedada, con mármoles traídos del sur de la Península, y tenía unos 20 metros de largo, lo cual era importante para la época.

En el siglo X aparecen los primeros peregrinos conocidos. Antes del 930, se menciona que un peregrino, no nos dicen su nombre, llegó a la abadía alemana de Reichenau. Era ciego y paralítico y había ido a visitar varios santuarios de Occidente; contó que en Santiago de Compostela se curó su ceguera. Tenemos pues a un Santiago taumaturgo, que cura enfermedades. Unos 20 años después, en el invierno del año 950 – 951, el obispo Godescalco de Le Puy, en el Macizo Central en el centro de Francia, cuya iglesia tenía como advocación la Virgen María pero que había nacido el día de Santiago, decidió ir con una gran comitiva a Santiago de Compostela. Pidió en camino, en el monasterio de San Martín de Albelda, que se le copiara un libro, y el copista del libro nos dejó constancia de esa peregrinación en su prólogo. En el 961, Hugo de Vermandois, obispo excomulgado de Reims – había sido obispo con 7 años -, fue también a Santiago de Compostela. Y ese mismo año sabemos que Raimundo II marqués de Gotia y conde de Rouergue en Aquitania fue asesinado, dice la crónica, “en el Camino de Santiago”. En el año 983, un monje armenio llamado Simeón emprendió en Jerusalén una larga peregrinación

por Occidente, pasó por Roma, llegó a Santiago y allí, según su *Vita*, curó a la hija del rey que estaba poseída por un demonio. Estos ejemplos muestran que, en el siglo X, la fama del santuario había alcanzado no sólo Occidente sino también Oriente.

En el 997, el santuario fue destruido por al-Mansur, el *Victorioso*, que era entonces visir en Córdoba y hostigaba a los cristianos del norte de la Península con razias casi todos los años. En el año 985, por ejemplo, destruyó Barcelona. Doce años después, dirigió sus pasos hacia Galicia, llegó hasta Santiago y tomó la ciudad a pesar del imponente sistema de fortificaciones erigidas para impedir las invasiones normandas. Destruyó la ciudad y destruyó la iglesia [fig. 6]. Pero las crónicas árabes dicen que respetó la tumba del santo y el monje que estaba sentado al lado de la tumba, “porque Santiago es tan importante para los cristianos como la Kaaba para nosotros”. Ese famoso “monje” se supone que es el obispo de la época, San Pedro Mezonzo, al que se le atribuye el haber inventado la *Salve Regina*. La leyenda dirá incluso que en 997 al-Mansur se llevó o hizo llevar las puertas y las campanas de la catedral hasta Córdoba a lomo de cristianos; en 1248, el rey cristiano Fernando III tomó Sevilla y las campanas y las puertas habrían vuelto a Santiago a lomo de musulmanes.

La iglesia había sido rápidamente reconstruida pero, en el año 1075, el obispo de Santiago de Compostela y el rey Alfonso VI de Castilla [fig. 7] decidieron que había que levantar un santuario mucho más grande y adaptado al rito romano que reemplazaba el antiguo rito hispánico. A finales del siglo XI, el Papa Gregorio VII ordenó efectivamente que todo su patriarcado, lo que conocemos como la Iglesia Católica en Occidente, adoptara el mismo rito y obedeciera a Roma. El rito hispánico o mozárabe, propio de la Iglesia hispana desde el siglo VII, se asemejaba a los ritos orientales, o sea que en algún momento había que separar al clero del pueblo con cancel y cortinas; por lo tanto esas iglesias no eran funcionales para el rito romano, donde todo el pueblo está detrás del sacerdote cuando, como su pastor, dice la misa.

Se tardó más de un siglo en acabar la construcción de un enorme edificio en el que caben actualmente, y no se utilizan ya las tribunas, 2.500 personas, lo cual muestra la magnitud que había entonces alcanzado la peregrinación [fig. 8]. El gran artífice de la catedral fue Diego Gelmírez (1100-1140), que consiguió que su sede se convirtiera en arzobispado, con obispados sufragáneos. Actuó de acuerdo con el rey, que en España es el representante de Dios en su reino, mientras que de alguna forma los obispos son “funcionarios” suyos. En un capitel de la capilla axial de la catedral, dedicada al Salvador y que ahora se conoce como capilla del Rey de Francia, Alfonso VI está representado rodeado por ángeles [fig. 9].

El “Codex Calixtinus”

Los obispos Diego Peláez y Diego Gelmírez dotaron también su iglesia, y la peregrinación, de un texto fundamental, que llaman *Iacobus*, según se puede leer al inicio del prólogo. Sus compiladores, en Santiago de Compostela a mediados del siglo XII, atribuyeron la obra al Papa Calixto II (1119-1124), de ahí su segundo nombre: el *Codex Calixtinus* [fig. 10]. En el momento en que reunieron y copiaron los textos del *Codex Calixtinus*, Calixto II había muerto desde hacía 20 años pero, amigo de Gelmírez y tío del rey Alfonso VII el Emperador, seguía siendo una autoridad. El *Codex* consta de cinco libros o cinco partes, y un apéndice: un libro I de liturgia en honor a Santiago con sermones, himnos, misas y piezas musicales; un libro II que cuenta los milagros de Santiago, 22 milagros hechos en toda Europa que mostraban que era realmente un apóstol muy poderoso; un libro III con los relatos de la translación; y dos libros que relacionan el culto de Santiago con Carlomagno.

Los primeros relatos de la Traslación se encuentran en el libro III del *Codex*. Los Hechos de los Apóstoles refieren solamente que Santiago fue martirizado en Tierra Santa; ¿Cómo llegó entonces a España? El tercer libro del *Codex* recoge la tradición según la cual, una vez muerto el apóstol, sus discípulos pusieron su cuerpo en una barca que, “*Deo gubernante*” o sea sin capitán, cruzó todo el Mediterráneo, de este a oeste, pasó el Estrecho de Gibraltar y llegó a Padrón que está a unos 20 kilómetros al oeste de Santiago de Compostela; allí unos ángeles lo llevaron al sitio donde descansa. Se trata de un tema corrientísimo en la hagiografía, en las vidas de los santos: el santo escoge el lugar donde quiere que descansen sus restos. Santiago pues quería descansar en España y en ese lugar. Ese relato fue, con toda probabilidad, elaborado ya en el siglo IX poco después del descubrimiento de la tumba, pero con el paso del tiempo se le adornó con detalles que recoge el libro III del *Codex*. Cuando llegó la barca con el cuerpo de Santiago y sus discípulos, había en Galicia una reina, Lupa, o sea loba, que era pagana. Los discípulos de Santiago pidieron permiso para enterrar a su maestro, y la reina les sometió a una serie de pruebas. Primero les envió a un rey que estuvo a punto de matarlos. Volvieron hacia la reina que les mandó buscar un dragón que había por ahí en los bosques; encontraron el dragón y lo mataron. La reina les impuso entonces una tercera prueba al concederles unos “bueyes” del monte para ayudarles a transportar el cuerpo de Santiago. Los “bueyes” eran toros bravos. Pero cuando vieron a los discípulos se volvieron mansos y ya la reina tuvo que rendirse, se convirtió y les dejó enterrar a Santiago. Esos son los relatos de la translación, que han dado lugar a una riquísima iconografía.

El libro IV del *Codex Calixtinus* lleva por título *Historia Turpini*. Se trata de un relato que atribuye a Carlomagno el descubrimiento de la tumba de Santiago. Inmediatamente después de la *Historia Turpini*, el Libro V es conocido como la *Guía del peregrino a Santiago de Compostela*, título contemporáneo que le fue dado por Jeanne Vieliard en 1938 cuando lo editó. Cuenta cuáles son los caminos para ir a Santiago, los peligros que uno va a encontrar en ellos, y describe luego con mucho detalle la catedral que estaba en construcción en esa época. Allí acaba el *Codex Calixtinus* al que se añadió un apéndice con música y textos diversos.

Hasta finales del siglo XI, no tenemos ningún relato de cómo y cuándo se descubrió la tumba del Apóstol. Gracias a los autores de *Martirologios*, como Usuardo de Saint-Germain-des-Prés, podemos situar este descubrimiento antes de los años 850-860, sin más precisión.

En las tres últimas décadas del siglo XI, la escuela episcopal de Santiago ofreció una primera versión del descubrimiento. Un pastor vio luces encima de un bosque y avisó al obispo Teodomiro de Iria. Éste se acercó, ayunó tres días, se adentró en el bosque, y encontró el sepulcro. Inmediatamente llamó al rey Alfonso II, que acudió al lugar e hizo donación al apóstol Santiago del terreno alrededor de la tumba, un *locus sanctus*, diciendo que el cuerpo de Santiago había sido “revelado” en su tiempo. La palabra es importante; quiere decir que no descubrieron una tumba con una inscripción, pero supieron, ante esa sepultura, les fue “revelado” que era la del apóstol de España [fig. 11]. Es una cuestión de fe. Alfonso II el Casto reina desde 791 hasta 842. Teodomiro es obispo después del 818, ya que ese año todavía firma su predecesor como obispo, y lo será hasta el 847. La donación del *locus sanctus* por el rey a Santiago fue hecha el año 834. Aunque sin precisarlo más, esta primera versión del descubrimiento lo sitúa pues después del año 818 y antes del 834, en la tercera década del siglo IX.

Carlomagno

La segunda versión del descubrimiento se encuentra en la *Historia Turpini*. Santiago se le habría aparecido al emperador una noche enseñándole un camino de estrellas en el cielo, y diciéndole: “Ve a liberar mi tumba de manos de los infieles” [fig. 12]. Carlomagno se pone al frente de su ejército y se encamina hacia Santiago para liberar la tumba del santo. En el camino ocurren hazañas como las murallas de Pamplona que se abren milagrosamente ante los cristianos, el combate en Nájera entre Rolando y el turco Ferragut, cuyo ombligo era el único punto débil [fig. 13], o las lanzas que florecieron durante la noche en

Sahagún para señalar quiénes eran los caballeros cristianos que morirían ese día en la batalla y, mártires, dormirían en el paraíso. Finalmente Carlomagno llega a Galicia, “libera” la tumba del apóstol, funda su iglesia y le da privilegios.

Los estudios que se han hecho sobre este texto muestran que ha sido escrito en la última década del siglo XI. La frase “Ve a liberar mi tumba de manos de los infieles” es propia de la primera cruzada, predicada por el papa en 1095 en Clermont. El “turco” Ferragut tampoco es anterior al siglo XI: no hay turcos en la época de Carlomagno; en cambio sí los hay en el siglo XI, se han apoderado de Jerusalén y han vencido en Manzikert el ejército bizantino. Por otra parte, la Galicia en la que entra Carlomagno es la que el rey Alfonso VI dio en dote a su hija Urraca en 1093. La *Historia Turpini* fue pues redactada paralelamente a la otra versión del descubrimiento, y probablemente dentro de la misma escuela episcopal. ¿Para qué? Carlomagno estaba muy de moda en toda Europa a finales del siglo XI, y ya se cantaba la *Canción de Rolando* cuya versión escrita es de 1130. Frente a la Santa Sede que no veía con buenos ojos que existiera en Occidente otra sede apostólica y negaba tanto la evangelización de la Península por Santiago como la presencia de su cuerpo en Galicia, los de Santiago consideraron oportuno atribuir a ese emperador de innegable fama y que había sido hecho por un Papa el descubrimiento a raíz de una aparición del Apóstol. De hecho, Roma no reconoció oficialmente la presencia de las reliquias apostólicas en Compostela (lo hizo, pero en 1883), pero tampoco lo siguió negando.

En España se levantaron inmediatamente voces diciendo que eran fábulas, inventos, que el franco Carlomagno nunca fue a Santiago ni creó el camino. En cambio esa historia fue utilizada en el año 1164 por el emperador Federico Barbarroja que quería que se canonizara a su antepasado Carlomagno. Consiguió que Carlomagno se convirtiera en San Carlomagno, porque Santiago se le apareció, y porque fue a liberar su tumba. En el siglo XIII los franceses hicieron de Carlomagno el fundador de la dinastía real francesa, y la *Historia Turpini*, rechazada en España, entró a formar parte de la historia oficial de Francia, las “Grandes Crónicas de Francia”. Pero en el siglo XVII España y Francia estaban en guerra, y los canónigos de Santiago de Compostela consideraron que una historia que atribuía al “francés” Carlomagno el descubrimiento de la tumba del patrono de España no era aceptable; desgajaron esa parte, el cuarto libro del *Codex Calixtinus*, lo pusieron en una repisa alta del archivo, y el texto desapareció. En el siglo XIX, por lo tanto, en Santiago de Compostela este libro no estaba en el *Codex Calixtinus*, ni había huella en España de esa historia, que solamente se encontraba en las crónicas francesas medievales. Los eruditos decimonónicos intentaron pues buscarle un funda-

mento histórico dentro de la vida de Carlomagno, una vida que conocemos esencialmente a través de la biografía que redactó Eginardo poco después de la muerte del emperador, el 28 de enero de 814. Ahora bien, Eginardo no menciona ninguna campaña en España después del desastre de Roncesvalles en el 778. Si fue a Santiago, concluyeron esos eruditos, tuvo que ser muy poco antes de su muerte, cuando Eginardo da menos detalles, o sea en el año 813. Y esa fecha puramente hipotética se ha ido repitiendo desde entonces, a pesar de que el libro IV haya reaparecido en Santiago de Compostela en 1960, haya sido restaurado, estudiado y colocado en su lugar de origen dentro del *Codex Calixtinus*.

La atribución del descubrimiento a Carlomagno en la *Historia Turpini* servía los intereses de la iglesia compostelana frente a las pretensiones de Roma. Tuvo también consecuencias políticas a través del Vº libro del *Codex* que se inicia indicando cuatro caminos en Francia, uno desde Tours, otro desde Vézelay, uno que sale de Le Puy y uno que procede de Arles y Saint-Gilles, caminos que se unen en Puente la Reina para ser sólo uno, el “camino francés” [fig. 14]. Este libro, la *Guía del Peregrino*, creaba un itinerario terrestre para atraer a los peregrinos que, hasta entonces, solían llegar por mar. Al mismo tiempo los reyes crearon a lo largo de ese itinerario pueblos cada 30 kilómetros, dándoles fueros, porque los cristianos avanzaban en territorio musulmán y se necesitaban hombres para ocupar el terreno. El libro V atrajo así a los peregrinos que podían seguir los pasos de Carlomagno, ver los lugares donde se habían producido las diversas hazañas de su recorrido y, quizás, optar por quedarse en la Península a favor de los privilegios concedidos.

Los milagros

El libro segundo del *Codex Calixtinus* relata una serie de milagros de Santiago, como el de un preso que era muy devoto de Santiago, encerrado en lo alto de una torre, y para quien Santiago hizo que la torre bajara para que pudiera ser liberado. O aquel, muy famoso, de los trece lorenos que, saliendo de Lorena, habían jurado no separarse nunca e ir todos juntos hasta Santiago. Pero en Roncesvalles uno de ellos cayó enfermo. Al tercer día la mayor parte de los lorenos decide dejarlo y proseguir el camino, excepto uno que se queda. Durante la noche siguiente muere el peregrino enfermo. Santiago aparece entonces con su caballo, coge al muerto y al vivo, los lleva directamente a Compostela para que el vivo pueda enterrar al muerto en el santuario, y le dice: “Cuando vuelvas y te encuentres con tus compañeros diles que no hace falta que sigan la peregrinación porque no están en estado de gracia”. Ese milagro del muerto y del vivo ha sido representado durante siglos por pintores, iluminadores y escultores [fig. 15].

Santiago opera también milagros en el mar, pero indudablemente, el milagro más famoso es el del joven ahorcado por haber sido falsamente acusado, en Santo Domingo de la Calzada, de haber robado un plato de plata que una sirvienta había puesto en su morral. Cuando el joven y sus padres se alejaban, la sirvienta gritó “al ladrón”, los alguaciles corrieron tras ellos, encontraron el plato y colgaron al joven. Desesperados, los padres siguieron el camino hasta Santiago, rezaron a Santiago, y a la vuelta se pararon para recuperar el cuerpo de su hijo y enterrarlo. Se dieron entonces cuenta de que seguía vivo. Fueron a buscar al juez para descolgarlo, pero éste, que estaba en medio de un banquete “de buenas gallinas”, se echó a reír y les dijo que después de todo ese tiempo, su hijo estaba tan vivo como la gallina y el gallo asados que tenía delante. Inmediatamente la gallina y el gallo resucitaron y se pusieron a cantar. Tuvieron que descolgar al joven, y desde entonces, en la iglesia de Santo Domingo de la Calzada, hay una jaula con un gallo y una gallina. Y los peregrinos, desde la Edad Media, cuentan en sus memorias que vieron el gallo y la gallina de Santo Domingo de la Calzada [fig. 16].

Los “Votos de Santiago”

La escuela episcopal de Santiago de Compostela a mediados del siglo XII produjo otro texto muy importante, y tan falso como la *Historia Turpini*, el “privilegio de los Votos de Santiago”. Elaborado hacia 1160-1170, el documento se presenta como un privilegio del año 844, en el que el rey Ramiro Iº de Oviedo, agradecido por la victoria que el apóstol le había concedido contra los moros en Clavijo, victoria que ponía fin al vergonzoso tributo anual de las cien doncellas, decretaba que en adelante en toda España se entregase en cada año para el mantenimiento de los canónigos de la iglesia de Santiago una medida de grano y una medida de vino, y que después de cada victoria contra los moros una parte del botín equivalente a la de un *miles* fuera atribuida al apóstol, en tanto que protector y patrón de las Españas. Basado en una crónica que relatava una visita de Ramiro II hacia el año 950 a Santiago antes de encontrar a los moros, el texto de los “Votos” es indudablemente del siglo XII y se inserta dentro de las novelas de caballería; su autor, que debía de soñar con princesas salvadas de algún dragón por el héroe, no se contentó con una victoria militar, sino que añadió el famoso tributo anual de las cien doncellas que los cristianos tenían que entregar a los moros cada año, 50 nobles para que los moros hicieran de ellas sus esposas, y 50 no nobles que utilizaban como esclavas [fig. 17]. La batalla de Clavijo se convirtió en historia y los “Votos” que debían de pagar todos los españoles llenaron las arcas de la iglesia compostelana durante siglos.

El auge de la peregrinación

En los siglos XIII, XIV, XV, se encaminan hacia Santiago miles y miles de peregrinos, a pie o a caballo, en barco también. Los pobres van pidiendo limosna mientras se crean hospitales, a menudo por cofradías de antiguos peregrinos, para acogerlos. Los que no son pobres buscan albergues pero muchos gozan de una fama pésima, y los hosteleros tienen fama de querer engañar sistemáticamente al viajero. Los peregrinos ricos, que salen con cartas de recomendación, van a veces de casa en casa, alojándose en casas de otros ricos. La peregrinación se vuelve común a toda Europa, y hay familias en las que fueron sucesivamente el padre, el hijo y el nieto. Tal parece haber sido la muchedumbre de los que iban a Santiago que, en París en el siglo XIII, ciertos predicadores en sus sermones explicaban que muchos iban a Jerusalén, Roma o Santiago de Compostela por mera curiosidad, y que el diablo había ido mil veces a Santiago. Intentaban impedir que sus feligreses se marcharan y escaparan del control de la parroquia [fig. 18].

Pero la peregrinación se había hecho tan popular que el apóstol a su vez se convirtió en peregrino, y fue representado a partir del siglo XII vestido de peregrino, con la concha, el bordón y el morral. Es el único apóstol que, en sus representaciones, lleva la indumentaria de los que iban a venerarlo. Es así el primero de los peregrinos [fig. 19].

La concha es el símbolo más característico de la peregrinación y del peregrino. Se trata de un molusco, el *pecten maximus*, que se cría en las playas de Galicia. Antes de volver los peregrinos los recogían o los compraban delante de la catedral. A finales del siglo XII se difundió la historia de un caballero que, perseguido por los moros, cayó al mar con su caballo. Invocó a Santiago, y Santiago los salvó a ambos. Cuando salieron del mar los dos estaban cubiertos de conchas [fig. 20].

En el siglo XIII, la fama del santuario era tal que en Zaragoza, en Aragón, se vinculó el santuario dedicado a la Virgen con el de Santiago, el apóstol patrono de España. Un documento de 1297 explica que cuando Santiago fue a evangelizar España empezó por Asturias y Galicia y convirtió a muy pocos. Tras pasar por Castilla, volvió por la antigua vía romana, que es parte del camino de Santiago, y siguiendo el curso del Ebro para llegar al Mediterráneo llegó a Cesarea Augusta – Zaragoza -. Allí, una noche, se le apareció rodeada por un coro de ángeles la Virgen encima de un pilar y le pidió que edificara en ese lugar una iglesia dedicada a ella. Se trata de una “venida”, y no aparición de la Virgen, ya que se trasladó a España en vida y así la iglesia zaragozana reivindicó ser la primera de todas las iglesias dedicadas a la Virgen [fig. 21].

Los años jubilares

Avanzando en el tiempo, llegamos a otro gran período de la peregrinación: el siglo XV. Tenemos entonces cifras, en particular de los peregrinos ingleses que proceden, no sólo de las islas británicas, sino de casi toda la fachada atlántica de la Francia actual. Cuando salían de algún puerto del reino, los ingleses necesitaban una licencia. El patrón del barco tenía que pedir, y pagar, una licencia aclarando lo que su barco llevaba, toneles de vino desde Burdeos por ejemplo, o peregrinos. No todos pedían licencia, lo sabemos, pero gracias a las licencias tenemos cifras mínimas, que quizás haya que multiplicar por dos o tres. Según las licencias concedidas, en el siglo XV 15.000 ingleses fueron a Santiago de Compostela [fig. 22]. Sabemos también que del norte de Alemania cada año salían uno o dos barcos de peregrinos, que de Dánzig, en Polonia actual, salía por lo menos un barco de peregrinos al año, y que de La Rochelle en Francia salían muchos barcos de peregrinos. Las licencias pedidas revelan que los barcos más pequeños llevaban 40 peregrinos, pero que otros podían llevar hasta 400 peregrinos en un solo viaje. Una nave irlandesa con 400 peregrinos nunca volvió, naufragó cuando retornaba a Irlanda y nunca más se supo de ella dicen los textos. Hablamos pues de miles y miles de peregrinos que fueron a rezar al apóstol a lo largo del siglo XV y aún después [fig. 23].

El auge del siglo XV se debe indudablemente a los años jubilares. En el año 1300 el papa Bonifacio VIII había inventado el año jubilar en Roma, concediendo una indulgencia plenaria a todos los que iban a Roma, que se extendía a los que morían en camino sin haber llegado hasta la ciudad. Roma se llenó de peregrinos, llenando las arcas pontificales, y el papa en 1350 sin esperar cien años declaró un segundo jubileo. Santiago de Compostela decidió entonces emular a Roma y estipuló años jubilares cada vez que el 25 de julio cayera en domingo, o sea unas trece veces por siglo. El primero fue probablemente el año 1372, porque varios datos parecen confirmarlo: es el año en que el rey de Francia se convierte en patrono de la capilla del Salvador, la capilla axial detrás del altar mayor que desde entonces se conoce como “capilla del rey de Francia”; es también el año, el único, en que el rey Enrique II de Castilla fue a Santiago. Se advierte efectivamente, a partir de 1372, que los años en que la fiesta de Santiago cayó en domingo, aumenta el número de peregrinos. Tantos que para finales del siglo XV los Reyes Católicos crearon un enorme hospital al lado de la catedral de Santiago de Compostela, el Hospital de los Reyes Católicos, con cuatro patios dentro, para acoger en particular a los peregrinos. En León se construyó también un enorme hospital dedicado a Santiago, que fue después la sede de la Orden de Santiago. Y, para dar mayor antigüedad a los jubileos, una bula fue elaborada que los hacía remontar a Calixto II mediante una confirmación de Alejandro III en 1179 [fig. 24].

Santiago Matamoros

A partir del siglo XVI, la imagen de Santiago y la del peregrino experimentan grandes cambios. Se siguen teniendo representaciones de Santiago como peregrino y representaciones de peregrino. Pero una nueva imagen se impone, el Santiago caballero, luchando de verdad, el que conocemos como “matamoros”. Pero ¿contra quién lucha Santiago? En el siglo XVI no quedan musulmanes en España; en 1492 se ha rendido Granada y diez años después, en 1502, los musulmanes que no quisieron convertirse al cristianismo tuvieron que marcharse. La reconquista, o mejor dicho la “restauración” de España ha terminado, ya no hay moros en la Península. Pero hay que mirar los turbantes que llevan los enemigos de Santiago: son turcos. En el siglo XVI, Santiago no lucha contra los musulmanes de España, sino contra los turcos que, en 1453, han tomado Constantinopla dando fin al Imperio Romano, y que a principios del siglo XVI están en las puertas de Viena, de Budapest, invaden Iliria – Yugoslavia -, y amenazan directamente la Europa cristiana.

¿Y esos turcos qué son? Hace unos años Jean Delumeau mostró en *El miedo en Occidente* cómo Europa atravesó una crisis después de la Gran Peste de mediados del siglo XIV que vio desaparecer gran parte de la población, y cómo la Iglesia, un siglo después, elaboró un discurso “explicativo”. Los males que afligían los hombres eran obra del diablo, que tomaba tres apariencias. Y la primera de ellas es la del turco. Luego, quien combate un turco a principios del siglo XVI no lucha contra otro hombre sino contra el demonio. El Santiago caballero debe pues contemplarse como el campeón del catolicismo, el que lucha en nombre de una Iglesia rodeada de enemigos, siendo los turcos los primeros. En el siglo XVI en que España domina en Europa y manda en Roma, Santiago es pues la imagen de la Iglesia Católica y/o de España luchando por la verdadera fe.

Santiago lucha pues contra los turcos del mismo modo que España los derrota en Lepanto en 1571, y la imagen del “matamoros” se vuelve extremadamente popular en todo el mundo hispano a partir del siglo XVI y sobre todo en el XVII, XVIII: en la península Ibérica, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, que pertenecen a España, en Flandes y en todo el imperio que va a ser después austrohúngaro, los dominios de Carlos V [fig. 25].

Paralelamente, el apóstol se convierte en América en “mataindios”. “Indio” no tiene en esa época la connotación étnica que hoy en día ostenta. El indio es el pagano, porque el indio que se convierte es “natural” de los reinos del monarca. La palabra “indio” se reserva pues al que no se ha convertido, que no ha entrado dentro del mundo hispano. Santiago “mataindios” lucha por lo

tanto contra el paganismo en el Nuevo Mundo [fig. 26]. En el Viejo Mundo, además de la lucha contra el Islam promovido por los Otomanos, Santiago aparece como el campeón del catolicismo contra todos sus enemigos, en particular los herejes, los protestantes de Alemania, Inglaterra, el norte de Europa, los Países Bajos [fig. 27].

La imagen de Santiago Matamoros se entiende así dentro de un mundo en el que la Iglesia Católica se siente asediada: por los turcos, por el paganismo, y por la herejía que ha aparecido en su seno. Santiago encarna la imagen de una Iglesia militante, que no se rinde ni se achica. Es la Iglesia de la época barroca, la Iglesia después del Concilio de Trento, la Iglesia del siglo XVII.

A finales del siglo XVII, precisamente, en Santiago de Compostela se cubre el templo románico con una chapa barroca, más “moderna”. La sede recibe entonces un arzobispo originario de México, de Querétaro, Antonio de Monroy, que trae plata, oro, y hace un espléndido altar para la estatua de Santiago que, desde el siglo XIII, y todavía hoy, los peregrinos tras subir por detrás, abrazan poniendo sus brazos por ambos lados del santo [fig. 28].

A pesar de las guerras en Europa, en particular entre España y Francia, las peregrinaciones no cesan, y varios peregrinos llegan a Santiago, entre los cuales está el italiano Nicola Albani, que fue hacia 1740 a Galicia y dejó el relato de sus aventuras, en particular el día en que consiguió escapar de unos ladrones que lo estaban persiguiendo [fig. 29]. En Francia, Watteau pinta varios peregrinos, mientras que se difunde la imagen de la Virgen Peregrina, con el sombrero y el bordón, y con el Niño Jesús [fig. 30]. En América aparecen Niños Jesús vestidos de peregrino, e incluso una santa Teresa de Jesús de peregrina.

Muerte y resurrección

Ya en el siglo XIX se pierde la memoria de la peregrinación. A lo largo del siglo XVIII, una profunda de-cristianización caracteriza a Francia y el norte de Europa. La Revolución Francesa y posteriormente las campañas de Napoleón que arrasaron Santiago de Compostela, donde el ejército utilizó la catedral como caserna y cuadra, terminaron con lo que quedaba. A principios del siglo XIX la peregrinación se convierte en un recuerdo romántico o exótico [fig. 31]. En América es cuando aparece una imagen de Santiago “mataespañoles”, que ayuda a partir de los años 1810 a los que luchan contra los españoles por la independencia [fig. 32].

Pero por los años 1880, en pleno auge del positivismo que exalta la ciencia como única fuente de verdad, un canónigo de la catedral compostelana, Antonio López Ferreiro (1837-1910), inicia una serie de excavaciones a la

vertical del altar mayor, y encuentra una tumba del siglo I d. C. con casi 300 fragmentos óseos. La Facultad de Medicina de Santiago analiza los huesos y concluye que pertenecen a tres individuos de género masculino. “Santiago y sus dos discípulos”, es lo que inmediatamente entienden los creyentes. Se envían las reliquias a Roma, al Papa León XIII, que los reconoce como auténticos y, en la bula *Deus omnipotens* de 1883, anima además a los cristianos a volver a Santiago como peregrinos [fig. 33]. Las peregrinaciones eran, de hecho, uno de los medios con los cuales contaba Roma para re-cristianizar Europa (la aparición de la Virgen en Lourdes en 1858 fue inmediatamente reconocida por la Santa Sede).

La primera mitad del siglo XX, con su sucesión de guerras mundiales y civiles no fue propicia para que se reanudara el hilo de las peregrinaciones. Es a mediados del siglo XX cuando éstas empiezan a recobrar su importancia. A finales del año 1949, la sede compostelana recibe como arzobispo al futuro cardenal Fernando Quiroga Palacios, que está firmemente convencido de que hay que renovar la peregrinación [fig. 34]. Dos años antes se había lanzado en España un concurso que tenía por tema la historia de la peregrinación a Santiago, y era dotado con el Premio Francisco Franco. Dos obras fueron premiadas *ex-aequo*, una de las cuales ha sido periódicamente reeditada y sigue siendo fundamental para los especialistas: *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela* en tres volúmenes por Luis Vázquez de Parga, José M^a. Lacarra y Juan Uría Rúa. En París por otra parte, en 1950, varios archiveros, historiadores e historiadores del arte crean una Sociedad de Amigos de Santiago de Compostela. Los fundadores, entre los cuales estaban Jeanne Viellard, Georges Gaillard, René de La Coste-Messelière, habían tenido contactos con España antes de la guerra civil, y muchos de ellos habían ido a Santiago. Establecieron estrechos contactos con la catedral compostelana y, mediante un ingente trabajo en los archivos, re-crearon los caminos de Santiago cuya memoria, si bien se conservaba algo en España, había totalmente desaparecido en Francia [fig. 35]. En el año 1965, que fue el segundo año jubilar del arzobispo Quiroga Palacios, se hicieron un coloquio internacional y una exposición sobre Santiago en París; era la primera vez que se hace una exposición sobre Santiago fuera de España.

Santiago, hoy

A partir de los años 1950, el número de peregrinos fue creciendo paulatinamente. En 1962, una “Sociedad de Amigos de Santiago” se creó en España, en Estella. A lo largo de los años 1980 se fundaron, un poco como las cofradías medievales, asociaciones en diversos países (Italia, Inglaterra, Bélgica, Ale-

mania) y empezaron a aparecer asociaciones regionales y locales. La visita del papa Juan Pablo II a Santiago en 1982 marcó una inflexión y el número de los peregrinos ascendió de forma vertiginosa. Una gran exposición titulada “Santiago de Compostela: 1000 años de peregrinación europea” tuvo lugar en Bélgica en 1985 y, dos años después, el Consejo de Europa, que buscaba temas para unir a los europeos, declaró los caminos de Santiago “itinerario cultural europeo”, con una concha estilizada como emblema [fig. 36].

Provisto de su “credencial”, que es su pasaporte, el peregrino a pie, a caballo o en bicicleta, hace poner un sello en cada etapa, y al llegar a Compostela puede pedir el certificado de peregrinación que se da en latín desde la Edad Media, la “Compostela”. Tiene que mostrar que ha recorrido por lo menos los últimos 100 km a pie, o los últimos 200 km a caballo o en bicicleta. En 1982, 1.868 peregrinos recibieron la “Compostela”; eran 99.436 en 1993, y fueron 272.135 en 2010 de 143 nacionalidades diferentes. El camino está señalizado, con flechas amarillas, con las conchas emblemáticas del Consejo de Europa y, dentro de las ciudades, con conchas de bronce o de piedra insertas en el suelo [fig. 37].

Santiago sigue también inspirando a los artistas, como Salvador Dalí, que pintó en 1957 un Santiago a caballo que tiene como fondo la bóveda de la iglesia de los Jacobinos en Toulouse, cuadro que se encuentra actualmente en Canadá [fig. 38]. O, muy recientemente, el Santiago Pescador de la escultora portuguesa Joanna Vasconcelos, cubierto con el macramé que hacen las esposas de los pescadores del sur de Portugal. A lo largo del camino también florecen estatuas de “El peregrino”, algunas muy realistas, y otras extremadamente modernas.

La peregrinación a Santiago constituye una experiencia única ya que, al contrario de las peregrinaciones multitudinarias a Lourdes o Fátima, donde se llega en avión, tren o autobuses, es un largo camino que hay que recorrer, más de 1.500 km desde uno de los puntos tradicionales de partida de Francia (Tours, Vézelay, Le Puy o Arles), cerca de 800 km desde Roncesvalles en los Pirineos, camino de reflexión, de encuentros, de descubrimientos, de historia y de arte. Y con eso se acaba nuestro recorrido de trece siglos por los Caminos de Santiago. Muchas gracias.

Apéndice

Índice de imágenes



1 Santiago apóstol. Puerta de Platerías, catedral de Santiago de Compostela, c. 1100



2 Transfiguración (París, BN, Ms. Lat. 17716, f° 7v. Cluny, principios del s. XIII)



3 Martirio de Santiago (Jean Fouquet, Musée de Chantilly, s. XV)



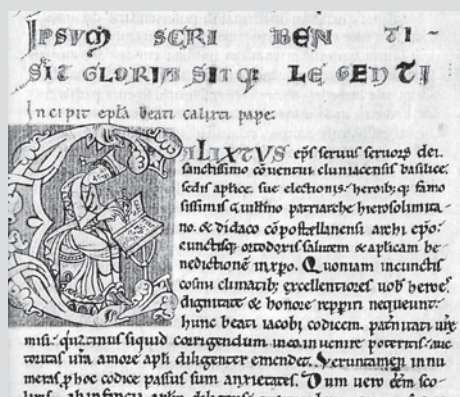
4 Evangelización por Santiago (BN París, Ms. français 241 f° 169v (1348) “ci commence la vie monseigneur saint jaque l’apostre”)



5 Alfonso III (866-910) (Oviedo, Catedral Metropolitana, Libro de los testamentos)



6 Caballero del siglo X (Catedral de Gerona, Ms. 7: Beato de Gerona, año 975)



10 Catedral de Santiago de Compostela. Codex Calixtinus – Liber Sancti Iacobi (Archivo de la catedral, fº 1 prólogo)



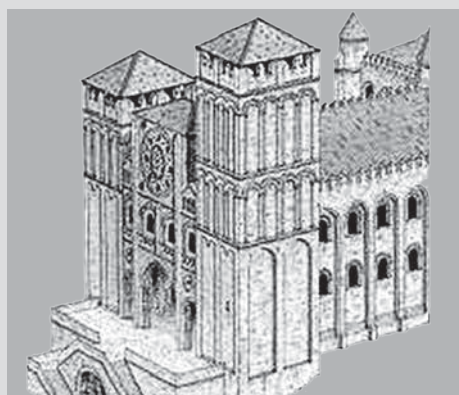
11 Descubrimiento de la tumba del apóstol Santiago por el obispo Teodemiro (Catedral de Santiago de Compostela, Tumbo A, fº 1, año 1129)



12 El sueño de Carlomagno y la salida del ejército imperial (Codex Calixtinus, Salamanca, Biblioteca de San Bartolomé, Ms. 2631, fº 90r, s. XIV)



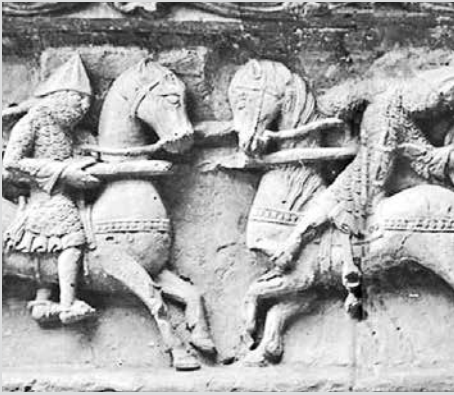
7 Alfonso VI de Castilla y León (1072-1109) (Tumbo de León)



8 Cabecera de la basílica románica (Reconstrucción. Dibujo de Kenneth J. Connant)



9 Santiago de Compostela, capitel de la capilla del Salvador que representa el rey Alfonso VI entre ángeles (c. 1075)



13 Rolando mata el turco Ferragut apuntando al ombligo con su lanza (Fachada de la catedral de Angulema, Francia, s. XIII)



14 Mapa de los caminos de Santiago



15 Los milagros de "la torre inclinada" y de "los trece lorenos" (Escuela italiana, s. XIV, Araceli-La Spezia-Museo Amedeo Lia)



16 El milagro del ahorcado descolgado (Retablo de F. Herlin (c. 1466). Iglesia de St. Jakob, en Rothenburg ob der Tauber (Nuremberg))



17 Santiago combatiendo los moros (Alto-relieve, c. 1340, Santiago do Cacem, Portugal)



18 Peregrino y peregrina (Oratorio dei Buonomini di S. Martino, lunette di Francesco d'Antonio, "Accogliere i pellegrini")



19 Santiago peregrino, por Lorenzo de Ávila, 1534 (Toro. Colegiata de Santa María la Mayor)



20 La leyenda de las conchas de Santiago con la traslación (s. XIV. Museo diocesano. Camerino, Italia)



21 Aparición de la Virgen a Santiago (Francisco de Goya, Museo de Zaragoza)



22 Barco con peregrinos (British Library, Ms. Royal 15 E 1, f° 404v, c. 1479-c. 1480)



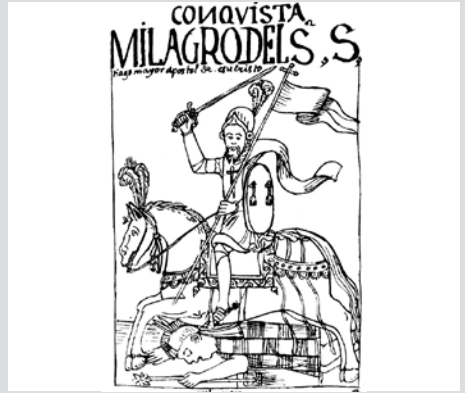
23 Peregrinos delante del altar de Santiago (c. 1530. Astorga, Museo de las peregrinaciones)



24 Fachada del hospital de los Reyes Católicos en Santiago de Compostela, edificado en 1501



25 Santiago campeón del Catolicismo



26 Santiago "Matamondios"



27 Santiago en la batalla de Clavijo (Madrid, Museo Lázaro Galdiano, s. XVI)



28 Imagen del exterior de la catedral de Santiago de Compostela



29 Nicola Albani consigue matar a uno de los ladrones (Nicola Albani, Viaje de Nápoles a Santiago de Galicia, edit. I. González Fernández, Biblioteca Facsimilar Compostelana, 1, Santiago de Compostela 1993)



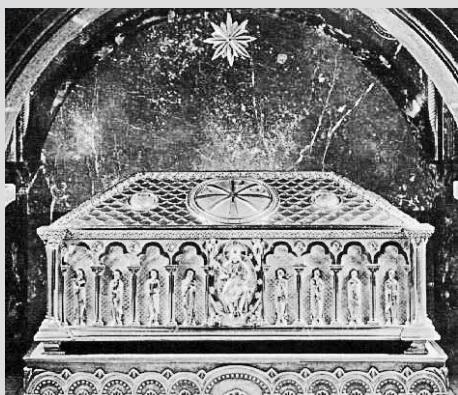
30 La Divina peregrina, por Luis Berrueco (Primer tercio del siglo XVIII. Óleo sobre lienzo. Procede de Seminario de San Francisco de Misiones de Sahagún, Querétaro, México. Museo de Arte de Querétaro)



31 La peregrina (Bibliothèque Nationale de France, primera mitad del siglo XIX)



32 Santiago "mataespañoles" (primera mitad del siglo XIX. Santiago de Compostela, Museo de las peregrinaciones)



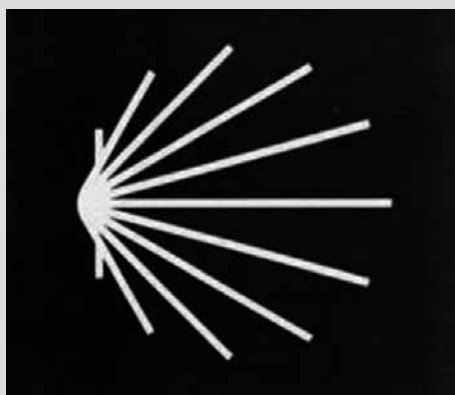
33 Arca neo-gótica de finales del siglo XIX que contiene las reliquias de Santiago descubiertas en 1879 (Cripta de la Catedral de Santiago de Compostela)



34 Foto del cardenal Fernando Quiroga Palacios (1900-1971)



35 Sello de la "Société Française des Amis de Saint Jacques de Compostelle", fundada en 1950



36 Emblema del "Camino de Santiago, Primer Itinerario Cultural Europeo"



37 Concha de bronce en el “camino francés” a su paso por Burgos



38 Santiago el Grande por Salvador Dalí, 1957 (Beaverbrook Art Gallery, Fredericton, NB, Canadá)



39 Foto de la conferencia “Trece siglos por los caminos de Santiago”, dictada por Adeline Rucquoi en Santiago de Chile